

El caso Sparsholt

Alan Hollinghurst

El caso Sparsholt

Traducción de Gemma Rovira Ortega



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Sparsholt Affair
Picador
Londres, 2017

Ilustración: © The State of Patrick Caulfield. All rights reserved, DACS
and VEGAP 2019

Primera edición: abril 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Gemma Rovira Ortega, 2019
© Alan Hollinghurst, 2017
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4025-4
Depósito Legal: B. 6977-2019

Printed in Spain

Black Print CPI Ibérica, S. L., Torre Bovera, 19-25
0874 Sant Andreu de la Barca

Para Stephen Pickles

I. El nuevo

La noche en que oímos por primera vez el apellido «Spars-holt» tal vez sea el mejor punto por donde empezar estas pequeñas memorias. Estábamos en mi habitación, hablando del club. Me acompañaban Peter Coyle, el pintor, Charlie Farmonger y Evert Dax. Acabábamos de realizar una especie de votación y me habían nombrado secretario. Yo era el mayor, les llevaba un año, y, como estaba exento del servicio militar, me dedicaba solamente a leer. «Freddie se lee dos libros al día», afirmó Evert, y quizá fuese cierto; puntualicé que el ritmo se reducía si los libros estaban en italiano o en ruso. Ese era mi papel y yo lo interpretaba con el aplomo y la arrogancia de un estudiante de arte dramático. El único objetivo del club consistía en conseguir que escritores de renombre vinieran a darnos charlas y a leernos sus últimos trabajos en voz alta; a cambio, les ofrecíamos una cena decente (lo que en aquellos tiempos constituía una promesa arriesgada) y, después de la cena, una sala con las paredes revestidas de madera abarrotada de lectores jóvenes y entusiastas. La asistencia de público estaba, en cierta medida, más asegurada, puesto que, cuando empezaron los bombardeos, a la gente comenzó a interesarle qué pensaban los escritores.

Charlie propuso invitar a Orwell y que volviéramos a intentarlo con un par de nombres que el año anterior se nos habían escapado. ¿Y si probábamos con Stephen Spender o con

Rebecca West? Ya teníamos programada a Nancy Kent, que iba a hablarnos de España. Evert, tan poco realista como siempre, mencionó a Auden, que vivía en Nueva York, pero no parecía probable que regresara hasta que hubiera terminado la guerra. («Por mí, que no vuelva», dijo Charlie.) Fue Peter quien preguntó, sin duda a sabiendas de que Evert habría preferido que no lo hiciera: «¿Y por qué Dax no se lo pide a Victor?» Para el resto del mundo, el padre de Evert era A. V. Dax, pero nosotros hacíamos valer aquella familiaridad indirecta.

Evert ya se había escabullido y, junto a la ventana, escudriñaba el patio. Siempre había cierta tensión entre él y Peter, a quien le gustaba provocar e incluso avergonzar a sus amigos.

—No lo sé, no estoy seguro —dijo Evert mirando atrás por encima del hombro—. Ahora mismo la situación es un poco complicada.

—Bueno, para él y para todos —replicó Charlie.

Evert, siempre educado, le dio la razón, pese a que sus padres seguían en Londres, donde una noche, no hacía mucho, una bomba había derribado la iglesia del final de su calle. Un poco a lo bruto, argumentó:

—Es que me preocupa que no venga nadie.

—Hombre, claro que vendrían —dijo Charlie, y dibujó una sonrisa extraña.

Evert miró alrededor y preguntó, dirigiéndose a mí:

—No lo sé. ¿Qué te ha parecido el último?

Yo tenía *El regalo de Hermes* abierto, boca abajo, en el brazo de la butaca; iba más o menos por la mitad, y, si bien no podía afirmar que me hubiera atascado, ya había empezado a alternarlo con otra lectura. Iba a romper mi ritmo diario, pues me costaba casi tanto tiempo como solía costarme leer un libro escrito en un idioma extranjero. Por entonces se empleaba un papel muy fino, de escasa calidad, y, aun así, era un volumen grueso.

—Bueno, ya sabes que soy un gran admirador suyo —dije.

—Sí, sí, yo también —dijo Peter al cabo de un momento, pero con más afecto; estaba sinceramente rendido a las grandes novelas simbólicas de A. V. Dax, y admiraba sus características

pictóricas, su peculiar ambientación y colorido y su compleja psicología—. El último lo estoy leyendo despacio —admitió—, pero es un gran libro, desde luego.

—¿Hay chistes? —preguntó Charlie con una risa hueca.

—Eso no es lo más relevante de las novelas de Dax —aporté.

—Bueno, pero ¿tú no lo has leído? —dijo Peter, y se acercó a la ventana con ánimo de averiguar qué estaba mirando Evert.

Yo sabía que el pobre Evert nunca había ido más allá de las primeras páginas de ninguno de los libros de su padre.

—No puedo —dijo otra vez—. No sé por qué. —Y, al ver que Peter estaba a su lado, se dio la vuelta hacia los demás y nos miró, apesadumbrado.

Al cabo de un momento, Peter dijo:

—Madre mía... ¿Tú habías visto eso, Dax?

—No sé. ¿Qué es? —preguntó Evert, y tardé en distinguir su nueva expresión de desconcierto de la anterior.

—¿Has visto a ese hombre, Freddie?

—¿A quién? —Fui hasta donde estaban ellos—. Ah, supongo que te refieres al exhibicionista.

—No, ya se ha ido... —dijo Peter, que seguía mirando por la ventana. Me asomé por encima de su hombro y miré yo también. Estábamos en ese breve momento entre la puesta de sol y el oscurecimiento en que podías ver el interior de otras habitaciones. Los cristales de las ventanas, que durante todo el día habían reflejado el cielo, brillaban ahora aquí y allá, acogedores, y revelaban a figuras que trabajaban o iban de un lado para otro detrás de la iluminada cuadrícula de las ventanas de guillotina. En el escenario que teníamos justo enfrente, el viejo Sangster, el profesor ciego de francés, le daba clase a su joven alumno, quien, a juzgar por su posición tendida, bien podía estar durmiendo. Y en el piso de arriba, bajo la oscura línea horizontal de la cornisa y el ancho frontón, había una única ventana iluminada por donde se veía una lámpara de mesa que proyectaba un arco reluciente sobre la pared y el techo.

—Lo vi el otro día —dije—. Debe de ser uno de los nuevos. —Peter esperó, fingiendo paciencia, y Evert, todavía con el ceño

fruncido, volvió y también miró por la ventana. En el techo, una sombra había empezado a saltar y a encogerse con movimientos rítmicos.

—Ah, sí, ese —dijo Evert; la fuente que proyectaba aquella sombra se desplazó poco a poco hasta mostrarse: era una figura con camiseta de tirantes que levantaba y bajaba rítmicamente un par de mancuernas. Lo hacía muy concentrado, aunque en apariencia sin esfuerzo; sin embargo, costaba distinguirlo desde aquella distancia, desde la que el hombre aparecía, en su rectángulo iluminado, tan enorme y abstraído como si también él estuviera hecho de luz. Peter me puso una mano en el brazo.

—Querido —dijo—, creo que he encontrado a mi nuevo modelo. —Y al oír eso Evert soltó un gritito de asombro y lo fulminó con la mirada.

—En ese caso, te recomiendo que pases a la acción —dije, pues últimamente los nuevos llegaban de un día para otro y pasaban bastante desapercibidos hasta que, de pronto, desaparecían.

—Hasta tú tendrás que admirar esa espléndida cabeza de gladiador romano, Freddie —dijo Peter—, y esos hombros poderosos. ¿Ves cómo destacan las venas azules de los brazos?

—Sin mi catalejo, no —le contesté.

Salí a llenar el hervidor de agua en el grifo del rellano y me encontré con Jill Darrow subiendo por la escalera; llegaba tarde a la reunión, quizá le habría gustado votar también. Me alegré mucho de verla, pero el ambiente, que casi rozaba el libertinaje, cambió perceptiblemente cuando ella entró en la habitación. Jill no tenía a su favor diez años en un internado masculino, con todas sus arraigadas depravaciones; dudo que hubiera visto jamás a un hombre desnudo.

—Hola, Darrow —la saludó Charlie haciendo ademán de levantarse, pero dejándose finalmente caer en la butaca con una informalidad que podía interpretarse o no como un cumplido—. Queremos que Dax le pida a su padre que venga —dijo mientras ella se quitaba el abrigo y miraba quiénes estábamos allí reunidos. Me puse a preparar el té.

—Ah, muy bien —dijo Jill. De manera natural, estando presente Evert, se respiraba cierta incertidumbre respecto a lo que podía decirse sobre A. V. Dax.

Por su parte, Evert, que seguía junto a la ventana, no parecía haber advertido la llegada de Jill. Peter y él tenían la vista fija en la habitación de enfrente. Sus espaldas eran reveladoras: Peter, de menor estatura, pelo espeso e indomable, con aquella chaqueta suya de tweed remendada que siempre desprendía aquellos olorillos químicos del taller; Evert, pulcro y dubitativo, un chico de educación estricta, con su traje de una calidad extraordinaria, observando atentamente aquella escena, sin reparo, como si contemplara la orilla opuesta de un río.

—¿Qué miráis? —les preguntó Jill.

—Tú no mires —dijo Peter; se dio la vuelta y le sonrió. Acto seguido, ella fue derecha hasta la ventana y yo la seguí. Todavía se veía al gladiador, aunque ahora estaba de espaldas y hacía algo con un trozo de cuerda. Casi sentí alivio al ver que los sirvientes del *college* habían comenzado sus rondas. En una de las ventanas, y al cabo de un momento en la siguiente, apareció una pequeña figura con chaqueta negra que estiró los brazos para cerrar los postigos, con lo que desapareció cualquier señal de vida. En el edificio de enfrente, otro sirviente entró en la habitación de Sangster, medio oculto tras la pantalla rectangular que llevó al dormitorio, y al cabo de un minuto reapareció, esquivó a los dos ocupantes y se arrodilló en el saliente de la ventana, desde donde miró hacia fuera durante unos segundos con curiosidad antes de cerrar también él los altos postigos. Antes de la hora de la cena, en los grandiosos edificios de piedra quedaría tan poca luz como en unas ruinas.

—Ah, hola, Phil —dijo Charlie; teníamos detrás a mi sirviente, que había entrado para llevar a cabo la misma rutina en mi habitación.

—¿Sabes quién es ese tipo, Phil? —le pregunté con frialdad.

Phil había luchado en la batalla de Loos y, después de aquella primera guerra, había pasado quince años en la policía de Oxford. Era afable y leal a nuestro *college*, aunque a veces parecía

que lamentara haber acabado con un delantal, quitando el polvo y fregando los platos para unos jóvenes a los que no estaba autorizado a castigar.

—¿Cómo dice, señor? —Apoyó su pantalla contra la pared y se acercó a mí con interés, como si yo hubiera encontrado a un malhechor. Reparé en que nuestros reflejos, tenues, se interponían entre nosotros y lo que veíamos en las otras ventanas. Señalé hacia arriba.

—Ese... tipo tan ridículo —dije.

—Ah, ese, señor —dijo Phil, un tanto decepcionado, pero tratando de compartir durante un momento nuestro interés por aquella luminosa figura—. Acabo de enterarme de que causó algún problema.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Peter.

—Pues... el ruido, señor. El doctor Sangster se ha quejado varias veces.

—¿Cómo? —dijo Evert—. ¿El ruido?

—Chirridos rítmicos, por lo visto, señor —aclaró Phil con gesto severo.

—Oh, cielos... —dijo Evert.

—Pero no es de los nuestros, tengo entendido —añadió Phil.

—Ah —dije yo.

—No, está en Brasenose —dijo Phil. Nuestro enorme y sombrío *college*, cuyas escaleras estaban casi desiertas desde el inicio de la guerra, había acogido a algunos miembros de otros *colleges* que habían sido requisados; casi todos eran desorientados alumnos de primero que de pronto se habían convertido, además, en evacuados. Brasenose se lo había incautado algún ministerio que, según mi profesor, no sabía muy bien qué hacer con él—. Si me disculpa, señor Green...

—Sí, claro, Phil.

—¿No sabe cómo se llama, por casualidad? —preguntó Jill.

—Se llama Sparsholt, señorita —contestó Phil, y carraspeó un poco al cerrar los postigos y asegurarlos encajando la pieza de hierro en su ranura.

—*Spar... sholt* —dijo Peter, sopesando la palabra y sonrién-

dole a Evert con picardía—. Parece el nombre de una pieza de motor o de un arma.

Phil se quedó mirándolo un par de segundos con gesto inexpresivo.

—Me atrevería a afirmar que está usted en lo cierto, señor —dijo, y pasó al dormitorio. Saqué mis mejores tazas Meissen, con las que esperaba agradar a Jill, y, en un ambiente más íntimo una vez cerrados los postigos de mi habitación con paredes revestidas de madera, nos dispusimos a tomar el té.

Jill se quedó a cenar en el comedor, en calidad de invitada mía, y después fui con ella hasta la entrada.

—Te acompaño —le dije. Ella estaba en St. Hilda, a unos quince minutos a pie, pero con el oscurecimiento el trayecto constituía todo un reto.

—No hay ninguna necesidad —me aseguró ella.

—Claro que sí, tómame del brazo —insistí, y ella obedeció, de forma conmovedora. Nos pusimos en marcha. Yo llevaba la linterna, vendada con cinta adhesiva, aunque, como Jill apretaba el codo contra mi costado, parecía que la sujetáramos y enfocáramos con ella los dos juntos. Aun así, la noté un tanto desconfiada. Al cabo de un minuto se soltó para ponerse los guantes y seguimos así al pasar por delante de la alta verja de Merton, cuya gran capilla y cuya torre intuimos, más que vimos, descollar en la negrura. Jill miró hacia arriba. La oscuridad parecía insinuar algo entre nosotros y, aunque creo que ella agradecía mi compañía, lo hacía con cierta incomodidad, como si sintiera haber accedido a algo. Yo había comprobado que, una vez que la vista se acostumbraba, resultaba más fácil caminar sin los sobresaltos de la linterna; curiosamente, sin la linterna te movías con más seguridad. De todas formas, hablábamos casi en susurros, como si creyéramos que podría oírnos alguien que se encontrara por allí cerca. De hecho, en esas noches, muchas veces, de pronto, rozabas a otra persona que pasaba a tu lado, o que estaba esperando, y que hasta ese momento te había pasado completamente desapercibida.

El camino semejaba un pequeño desfiladero negro y apenas distinguíamos los gabletes y las chimeneas de su contorno, recortados contra el oscuro color carbón del cielo. Las nubes, en tiempo de paz, transportaban y dispersaban los colores de las luces que había abajo, pero durante el apagón preventivo reinaba una oscuridad absoluta. Yo creía conocer esa calle que había recorrido cientos de veces, pero mis recuerdos no encajaban del todo con los tenues indicios de puertas, ventanas y rejillas ante las que pasábamos. Le pregunté a Jill cómo le iba en el trabajo e inmediatamente ella dejó de mostrarse tan cohibida. Estaba estudiando Historia, pero lo que más le interesaba era la arqueología y las cosas extraordinarias que habían revelado los bombardeos de Londres. Me explicó que, a veces, las bombas que derribaban las iglesias de la City atravesaban las capas inferiores Tudor, medievales y romanas y las exponían de una forma que ningún esfuerzo humano organizado habría logrado. Era evidente que los aspectos humanos de la devastación, la pérdida de vidas y hogares, no le impresionaban tanto. Hablaba con entusiasmo de monedas, ataúdes, ladrillos, fragmentos de cerámica. Comenté que debía de parecerle frustrante que Oxford apenas hubiera sufrido daños, y observé, si es que se puede observar en la oscuridad, cómo ella entendía y rechazaba la broma. Desde el principio Jill había sido de esos estudiantes que pasan por la vida universitaria con la vista fija en el futuro: para ellos era un trámite urgente, no un precioso aplazamiento. De pronto el futuro había cambiado para todos nosotros y la ciudad estaba impregnada de una sensación de transitoriedad y de urgente presteza para no se sabía exactamente qué. ¿Compartían otros amigos míos mi impresión de que podíamos perder la guerra y pronto? Las conversaciones derrotistas no eran frecuentes y se censuraban a sí mismas nada más comenzar. Jill ya había elegido, y había elegido el ejército, pero tenía la mente puesta en las grandes cosas que haría cuando hubiéramos ganado la guerra.

Llegamos a la entrada de St. Hilda; me detuve e iluminé débilmente nuestra despedida.

–Buenas noches –dije, con un gracioso estremecimiento en la voz.

Me pareció que Jill miraba más allá de mi hombro.

–¿Crees que Peter dibujará a ese hombre? –me preguntó.

–¿A quién?

–Al nuevo. A Sparsholt.

–Ah, a Sparsholt. –Reí–. Bueno, Peter suele conseguir todo lo que se propone.

–En fin, supongo que es un buen modelo –dijo Jill, y nos dimos la mano.

No era la despedida que yo había previsto y, cuando, solo, volví a cruzar el puente y a tomar Merton Lane, me preocupó mi propia timidez y me propuse insinuarme con mayor seguridad en mí mismo la próxima vez. Volví su cara hacia la mía y hallé belleza en su simetría. Tenía los ojos grises, una barbilla grande de soprano wagneriana y dientes blancos y pequeños. Desprendía, a escasa distancia, un perfume seductor. De momento, tendría que contentarme con eso.

2

Evert escribió a su padre y, unos días más tarde, vino a comunicarnos que había aceptado nuestra invitación: Victor Dax se mostraba encantado de poder dirigirse a los miembros del Club. La misiva del gran hombre era breve y prácticamente ilegible; el papel de carta iba timbrado con un membrete rebuscado con el lema «*Montez Toujours*». «Lo programamos para la quinta semana, ¿os parece?» Sonreí para transmitir tranquilidad y empecé a preocuparme por si tendríamos público.

Evert todavía llevaba el uniforme caqui, pues acababa de pasarse aproximadamente una hora desfilando arriba y abajo, bajo las órdenes del viejo Edmund Blunden, frente a la hilera ininterrumpida de casas de piedra adosadas que formaban el Tom Quad. Cuando venía a dirigir los entrenamientos o a llevarse a los reacios reclutas para que hicieran cursos de orienta-

ción, a nosotros ya nos parecía viejo, pero lo cierto era que Blunden, un individuo menudo, con cara de pájaro y con misteriosas reservas de conocimiento, no pasaba de los cuarenta. Yo casi los envidiaba por sus expediciones a Cumnor Hill o Newnham Courtenay, puntos estratégicos dispuestos, o así los veía yo, sobre un mapa espectral de la anterior guerra que él había vivido y acerca de la que también había escrito. Pero Evert odiaba todo aquello y, además, estaba horrible con el uniforme; desfilaba, en el par de ocasiones en que yo le había visto ejercitarse, con un aire de dignidad ofendida que rayaba en la insubordinación.

Se sentó y cogió un libro, apenas consciente de que estaba convirtiéndose en uno de mis invitados habituales. Nos habíamos tratado de forma somera durante su primer año y, como ya habían llamado a filas a todos sus amigos de entonces, se sentía solo. Sin duda alguna, temía el momento, cada vez más próximo, de su reclutamiento. Había algo inquietante en él; en su rostro, pálido, con unos ojos muy oscuros y un flequillo que no paraba de caerse sobre sus ojos, se intuían sentimientos que raramente expresaba. A mí él me parecía interesante en sí mismo y, después, naturalmente, me atraía el glamour (y la carga) de su breve pero famoso apellido. Para mí, el hecho de que fuera hijo de A. V. Dax siempre había constituido parte de su atractivo; del mismo modo, el que, muchas veces, se me olvidara esa circunstancia era una prueba de nuestra amistad. Para él era un asunto más complicado e inexorable. Suspiró y dejó el libro, y me enseñó otra carta, esta de su madre; yo tenía la impresión de que sus padres, pese a vivir todavía juntos en la casa de Chelsea, llevaban vidas medio independientes, pero no tenía suficiente confianza como para indagar más en esa cuestión. Tampoco sabía hasta qué punto Evert entendía la situación. La carta de su madre describía los terrores del Blitz con un tono entre quejumbroso y jovial. Decía que su padre se había reído cuando ella se había tirado al suelo al caer una bomba y había estropeado un buen abrigo; él se negaba a bajar a los refugios con el resto de la gente corriente.

Evert se levantó para marcharse y dijo:

—Ah, por cierto, ¿has vuelto a ver a... cómo se llama?

—¿A quién?

—¿Era Sparsholt? El nuevo. —Se acercó a la ventana, pero solo eran las tres y la larga hilera de ventanas del último piso todavía no dejaban ver nada. Ninguno de los dos sabíamos con certeza en qué ventana lo habíamos visto y ese año muchas habitaciones estaban deshabitadas y cerradas.

—Ah, sí, creo que lo vi en el comedor —dije con cautela.

—Sí, ya —dijo Evert—. Se sienta en la mesa de los remeros. Han puesto a todos los ochos juntos. Dan ganas de aprender a remar. Bueno, no lo digo por Sparsholt, sino por la cantidad de comida extra que les dan. —Se sonrojó, pero entre nosotros dos el tema estaba bastante claro; vi que no sabía si añadir algo o no. Resultó que aquel día de la primera semana en que nos habíamos reunido en mis habitaciones no había sido la primera vez que él había visto a Sparsholt. Anteriormente lo había visto regresar del río, corriendo, ataviado con la ropa de remar; lo había visto en el comedor, y una noche, tarde, no lo había visto y había chocado con él, casi a oscuras, en la esquina de Kilcannon. Sin embargo, la visión de Sparsholt que había tenido desde mi ventana, medio desnudo, enmarcado en un rectángulo de luz, había sido el punto de inflexión, el momento en que el interés que habían despertado aquellos encuentros casuales se había consolidado hasta convertirse en una obsesión. A mí me costaba un poco entenderlo. Era como si Evert se hubiera impuesto él mismo aquella sumisión, que adquiriría, a medida que pasaban los minutos, una inevitabilidad voluptuosa. Aun sin saber nada de aquel joven, en aquel momento se había entregado a él. O, dicho con sus palabras, se había enamorado.

—¿Y has hablado con él? —le pregunté.

—Bueno, la vez que tropezó conmigo sí —contestó Evert, muy sorprendido—, pero después... ya no, no.

Peter Coyle, tal como yo había imaginado, había sido mucho más atrevido e inmediatamente le había escrito una carta a

Sparsholt, en una hoja de papel del colegio Slade, preguntándole si podía hacerle un retrato. No había habido respuesta, aunque, dos noches más tarde, en el comedor, me pareció percibir, al sentarme de cara a la mesa de los remeros, una sutil timidez en Sparsholt, una primera e inquietante sospecha, en su rostro joven y serio y en su fría rigidez, de que tal vez estuvieran observándolo o de que ya se había convertido, en aquel sitio tan nuevo para él, en objeto de rumores. Dudo que se fijara en mí o que viera a Evert lanzándole miradas intensas, casi aterrorizadas. Sparsholt parecía mirarnos a nosotros como si fuéramos una masa indiferenciada y, al mismo tiempo, extraña. Nada más salir del comedor se despidió de sus compañeros de mesa, y pensé en lo sencillo que me habría resultado llamarlo mientras caminábamos, cada uno con su linterna, por los patios oscuros.

Fue sumamente fácil averiguar más cosas sobre él. Al día siguiente, en la conserjería, vi en los anuncios del Club de Remo que sus iniciales eran D. D. y, gracias a la lista de una clase, me enteré de que era estudiante de ingeniería. Aquellos dos datos exigüos eran un tanto descorazonadores: los científicos y los remeros seguían sus propias rutinas, muy severas, diferentes de las del resto. Pero el hecho de que Sparsholt hubiera atraído instantáneamente a Peter y a Evert le confería, aun así, cierto encanto, débil pero desconcertante. Para mí, su apellido tenía algo inexorable, una palabra que parecía la pieza de una máquina, como había dicho Peter, o quizá una pequeña muestra, dura, de algún mineral, pero ahora sentía verdadera curiosidad por el «D. D.».

Sin proponérmelo, les saqué ventaja a mis dos amigos. Phil entraba todas las mañanas sobre las siete para abrir los postigos y limpiar mi sala de estar, mientras yo, como norma, seguía en la cama, dormitando y soñando, acompañado por los chirridos de las ruedecillas y el sonido del ir y venir del aspirador que estaban utilizando en la habitación contigua. Phil preparaba el fuego y se llevaba las tazas y las copas para fregarlas. Después de hacer todo eso, llamaba a la puerta de mi dormitorio y la

abría con un rápido movimiento, con instinto policial para pillar lo que fuera por sorpresa. Entonces yo salía con mi bata a un escenario que, durante el intermedio, se había recompuerto con absoluta exactitud: «Mismo decorado. A la mañana siguiente.»

Ese día, mientras esperaba a que hirviera el agua, me quedé mirando fijamente el patio, agradecido. Por aquellos días, incluso en Oxford, sentías alivio al comprobar que habías salido ileso una noche más. Las luces que volvían a verse en las ventanas, tenues, a medida que los sirvientes hacían sus rondas, eran alentadoras señales de supervivencia. Miré a las figuras que salían, con abrigo y zapatillas, para dirigirse a cuartos de baño apartados. Había menos estudiantes, por supuesto, y a la mayoría solo los conocía de vista, pero nos unía algo que no existía cuando yo había llegado a Oxford, antes de la guerra. Me disponía a darme la vuelta cuando me di cuenta de que la persona que salía de la primera hilera de pisadas por el césped mojado del patio era Sparsholt, que caminaba a zancadas en pijama, con una bata azul y zapatos de campo marrones, y con una toalla alrededor del cuello, como si fuera una bufanda. Transmitía esa indiferencia propia de un militar ante el frío de la mañana, y rápidamente se perdió de vista.

Yo casi siempre me afeitaba después de desayunar, cuando ya no había nadie, pero esa mañana, sin preguntarme por qué, decidí seguirlo. Me puse el abrigo y el sombrero Homburg al que me había aficionado últimamente, y bajé presuroso, pensando en qué podría contarle a Evert al cabo de un rato, cuando nos sentásemos juntos a comernos las gachas y tomarnos el té. Más que ningún interés intrínseco por aquel hombre con quien había decidido hablar, lo que me estimulaba era lo cómico de aquella competición.

Solía evitar el gran cuarto de baño subterráneo del siguiente patio, con sus hileras de lavamanos y su laberinto de cubículos sin pestillo en las puertas. Recordaba lo incómodo que me había sentido allí, desnudo y solo en mi compartimento lleno de vaho, consciente de que había otros tumbados a mi alrededor,

casi en silencio. A veces alguien preguntaba quién había allí, y se entablaba una conversación, como si dos personas hablaran por teléfono, ligeramente constreñida por la presencia del resto de nosotros, encerrados y todavía más callados en nuestros cubículos. Antes de mi llegada, mi medio hermano Gerald me había revelado que aquel era el mejor sitio del *college* para darse un buen remojón, con lo que sospecho que él se refería a algo más. A determinadas horas lo ocupaban el embarrado y ensangrentado equipo de rugby o los extenuados remeros, que se recuperaban y hacían estiramientos y se inspeccionaban a sí mismos con cuidado en medio de densas nubes de vaho, una gran reunión y una gran agitación de cuerpos desnudos. No constituían ningún peligro, yo pasaba bastante desapercibido allí, pero sabía que estaba fuera de mi elemento.

Cuando entré, Sparsholt acababa de empezar a afeitarse; me lanzó una mirada por el espejo y durante un instante su rostro reveló curiosidad. Confieso que sentí una punzada de emoción por hallarme en su presencia. Él solo llevaba puestos el pantalón del pijama y los zapatos de campo, con los cordones desabrochados. Ahora yo veía de cerca su musculoso torso, que Sparsholt mostraba con orgullo y naturalidad. Colgué el abrigo y el sombrero y me acerqué a un lavamanos, dejando otro entre el suyo y el mío.

—¡Buenos días! —lo saludé.

—¡Buenos días! —repuso, torciendo la cabeza y con la navaja de afeitar en la mano levantada, con más entusiasmo del que yo esperaba. Comprendí entonces que se alegraba de que alguien se dirigiera a él.

Se oyeron un par de salpicaduras en un cubículo cercano, pero en aquella cavernosa estancia imperaba un ambiente de soledad absoluta. Sparsholt se pasó la navaja por el mentón, trazando una franja en la espuma, y luego otra, y, mientras abría el grifo del agua caliente, yo observaba discretamente cómo iba apareciendo su cara. No sabía muy bien cuál iba a ser su aspecto.

—Creo que es la primera vez que nos vemos —observó, también esta vez más simpático que receloso, antes de mirarme y

sonreírme brevemente. Al estar enmarcados por la espuma blanca que tenía alrededor de la boca, sus dientes, sanos y fuertes, parecían un poco amarillos.

—Ah, me llamo Freddie Green —dije. Él dejó la navaja en el borde del lavamanos y me tendió una mano.

—David Sparsholt.

—¿Sparsholt? —dije, asimilando aquel «David», que para mí era la «D» más ingenua y más sincera que podía haber. Me fijé en que, bajo la pálida armadura de sus músculos, era muy joven. En la muñeca tenía un poco de vello húmedo, pero, en cambio, el pecho y el vientre los tenía muy suaves—. No es un apellido muy corriente.

Parpadeó como si hubiera detectado una crítica.

—Bueno, somos originarios de Warwickshire —dijo, y distinguí un ligero acento regional que jamás habría sido capaz de identificar. No le insistí más y, al cabo de un momento, él se echó agua en la cara y se secó con movimientos bruscos. Empecé a afeitarme y le lancé una mirada, con simpatía. El ladeó la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha para examinarse el mentón en el espejo, con aire serio y vanidoso, tal como yo esperaba: parecía satisfecho con lo que veía. ¿Era guapo? No habría sabido decirlo. Para mí un hombre es guapo si viste bien y, como Sparsholt estaba prácticamente desnudo, yo carecía de elementos de juicio. Tenía una cara ancha, con la nariz ligeramente curva y ojos de un azul grisáceo hundidos bajo una frente poderosa. Tenía el pelo oscuro y rizado, y muy corto por encima de las orejas. Lo más llamativo era su físico, desde luego, y comprendí por qué Peter quería usarlo como modelo; lo que Evert esperaba hacer con él no intenté imaginármelo.

—¿En qué fuerzas te has alistado? —me preguntó.

Le dije que por mis problemas de salud me habían declarado exento del servicio militar y, mientras se lo explicaba, detecté por primera vez perplejidad en su mirada.

—Qué mala suerte —comentó, pero sus condolencias ocultaban un murmullo de desconfianza. Me observó atentamente, yo iba en camiseta, y entonces quizá se apiadó de mí. Me dio la

impresión de que desplegaba, igual que otros hombres con una gran fortaleza física, un instinto, apenas consciente y apenas perceptible, tanto de amenazar como de calmar e incluso de proteger—. ¿Qué vas a hacer?

—Bueno, estoy en tercero de historia, el grado completo. Luego ya veremos. ¿Y tú?, ¿dónde haces el servicio?

Volvía a tener la toalla alrededor del cuello, las manos en las caderas y los pies separados. Por la abertura de su pantalón de pijama alcanzaba a vérselo el miembro.

—Fuerzas aéreas —respondió—. Sí, voy a aprender a pilotar. —Su estrecha sonrisa volvía a parecer ligeramente desafiante.

—Qué maravilla —dije. Y al parecerme que debía expresar con más ahínco mi aprobación añadí—: Veo que haces mucho ejercicio. —No quise confesar que lo había estado observando, pero, por el solo hecho de pensarlo, soné excesivamente entusiasta; sin embargo, él sonrió y aceptó mi comentario de buen grado.

—Es que hay que estar preparado, ¿no? —Era evidente que la malsana incertidumbre respecto al futuro que impregnaba gran parte de nuestras vidas durante aquellos años no tenía ningún efecto en él. Él lo estaba deseando—. En enero cumpliré dieciocho y entonces me alistaré. —Y a continuación me describió su plan, como lo haría una persona agujoneada por la ansiedad, aunque en este caso yo solo vi la vivacidad y la resolución de un soldado nato. Le dije que me sorprendía que se hubiera molestado en estudiar en Oxford solo para un semestre, pero había conseguido entrar y, después de la guerra, regresaría: también eso lo tenía planeado. Se graduaría y después regresaría a su casa y montaría un negocio, una empresa de ingeniería—. Porque siempre habrá demanda de ingenieros, claro —concluyó.

Se abrió la puerta del cubículo ocupado y salió Das, el único estudiante indio del *college*, envuelto en una toalla y con las gafas en la mano que iba limpiando de cualquier manera con un calcetín sucio. Miró con una mezcla de interés y desconcierto a Spars-holt, con quien evidentemente ya había coincidido antes y quien aprovechó la oportunidad para ponerse la bata y marcharse.

–Espero que volvamos a encontrarnos –dijo al tiempo que se cerraba la puerta.

Das, que había vuelto a ponerse las gafas, me miró con gesto casi acusador.

–¿Ese joven caballero es amigo tuyo, Green? –me preguntó.

–¿Mmm? –respondí, pero analizando esa nueva posibilidad y los sentimientos que la misma despertaban en mí.

–¡Parece un dios griego!

–¿Ah, sí? ¿Tú crees?

–Pero es muy arrogante.

Enjuagué mi navaja debajo del grifo.

–Supongo que los dioses griegos también lo eran –especulé. Empecé a comprender que el efecto que producía Sparsholt tal vez fuera mayor de lo que yo había creído.